

habían conspirado hasta aquel momento por que se plantease una república, y habían de paralizar repentinamente sus trabajos cuando iban á triunfar, sólo porque se diese el ministerio á tres de sus amigos! Esto no es posible; lo que sí es evidente que si se quiso república fué por desesperar á la monarquía; que jamás hubo verdadero plan para aquélla, y que á los que más se acusa porque muy de antemano la tenían preparada, no querían, en vísperas de conseguirla, sacrificar la causa pública al triunfo de este sistema, consintiendo mejor en tener una monarquía constitucional que les ofreciese garantías suficientes. Al pedir los girondinos que se alejasen las tropas, probaban demasiado que sólo atendían al riesgo presente, así como el cuidado que se tomaban por la educación del delfín, atestiguaba también que la monarquía no se ofrecía á sus ojos como un porvenir insoportable.

Se ha dicho que Brissot había hecho por su parte proposiciones para impedir la destitución, poniendo por condición la entrega de una gruesa suma: esta aserción es de Bertrand de Molleville, que fué siempre calumniador por dos razones, por maldad de corazón y por escasez de entendimiento; pero ninguna prueba cita, y en defensa de Brissot abogan su conocida pobreza y la constancia de sus opiniones. Pudiera haber acontecido, sin duda, que la corte hubiese dado dinero para Brissot; mas esto no prueba que él lo hubiera pedido ó recibido. El caso ya anteriormente citado de la venalidad de Petión, que varios estafadores habían asegurado á la corte, y otros muchos del mismo género, indican el grado de confianza que merecen estas acusaciones de venalidad, que con tanta frecuencia y facilidad se aventuran; además de que, sea lo que quiera lo que se haya dicho de Brissot, los tres diputados Gensonné, Guadet y Ver-

gniaud no merecieron acusación alguna, siendo así que fueron los únicos firmantes de la carta dirigida á Boze.

El rey tenía ya el corazón tan ulcerado, que estaba menos dispuesto que nunca á escuchar sus sabios consejos. Thierry le presentó la carta, pero rechazóla duramente, y dió sus dos contestaciones acostumbradas, es decir, que no era él, sino el ministerio patriota quien había provocado la guerra; y que en cuanto á la Constitución, la observaba fielmente, mientras que otros ponían todo su empeño en destruirla. Estas razones no eran muy justas, pues aunque no hubiese provocado él la guerra, no por eso estaba menos en el deber de sostenerla bien; y por lo que hace á su fidelidad escrupulosa en observar la ley, no era suficiente atenerse al texto, era necesario además no comprometer la cosa misma llamando al extranjero.

A la esperanza que tenían los girondinos de ver puestos en práctica sus consejos, deben atribuirse los miramientos que guardaron cuando se quiso suscitar en la Asamblea la cuestión del destronamiento, agitada todos los días en los clubs, en los grupos y en las peticiones. Cada vez que se presentaban en nombre de la comisión de los doce para hablar del peligro de la patria y del modo de precaverlo, se les decía: remontad á la *causa* del peligro; y las tribunas repetían: *¡á la causa!*

Vergniaud, Brissot y los girondinos contestaban que la comisión tenía la vista sobre *la causa* y que cuando fuera tiempo la descubrirían; pero que por el pronto era preciso no echar nueva levadura para encender más la discordia.

Sin embargo, todos los medios y los proyectos de transacciones debían frustrarse; y así es que la catástrofe prevista y temida ocurrió muy pronto, según veremos á continuación.

CAPÍTULO V

Llegada de los marseleses á París.—Banquete y sangrientas escenas en los Campos Elíseos.—Manifiesto del duque de Brunswick.—Las secciones de París piden la destitución del rey.—El rey rehusa huir.—La Asamblea rechaza la proposición de acusar á Lafayette.—Preparativos de la insurrección.—Medios de defensa en palacio.—Sublevación del 10 de agosto.—El pueblo de los arrabales se apodera de las Tullerías después de un sangriento combate.—El rey se retira á la Asamblea.—Suspensión del poder real.—Se convoca una Convención Nacional.

A consecuencia de una fiesta con que se obsequió á los confederados, el comité revolucionario resolvió que en la mañana del 26 de julio salieran éstos en tres columnas para dirigirse á palacio, llevando una bandera encarnada con la siguiente inscripción: *Los que hagan fuego contra las columnas del pueblo serán castigados en el acto con la muerte.* El objeto era apoderarse del rey para encerrarle en Vincennes. Habíase ganado á la guardia nacional de Versalles, que se ofreció á secundar el movimiento; pero se pasó el aviso tan tarde, y reinaba tan poco acuerdo con ella, que sus oficiales se presentaron aquella misma mañana en el corregimiento de París para preguntar qué debía hacerse. Por otra parte, se guardó tan mal el secreto, que toda la corte estaba ya advertida, la familia real en pie y el palacio lleno de gente.

Viendo Petión que se habían tomado mal las medidas, temeroso de una traición, y teniendo sobre todo en cuenta que aún no habían llegado los marseleses, dirigióse á toda prisa á los arrabales para contener un movimiento que perdería, sin duda, al partido popular si llegaba á frustrarse.

En los arrabales reinaba un tumulto espantoso; toda la noche se había estado tocando allí á rebato, y para excitar al pueblo, habíase propagado el rumor de que existía en palacio un depósito de armas, del cual convenía apoderarse. Petión consiguió á duras penas restablecer el orden; el guardasellos Champión de Cicé, que había ido también por otra parte, fué recibido á sablazos; pero al fin consintió el pueblo en retirarse, aplazando la sublevación.

Continuaron sin interrupción las polémicas y contestaciones que son de ordinario el prelude de un rompimiento definitivo. El rey había mandado cerrar el jardín de las Tullerías desde el 20 de junio; sólo estaba abierto el terrado de los fuldenses, que se comunicaba con el salón de la Asamblea, y varios centinelas tenían la consigna de no dejar pasar á nadie desde aquel terrado al jardín. Habiéndose encontrado allí á d'Espreménil, que dialogaba acaloradamente con un diputado, silbáronle y le persiguieron por el jardín, conduciéndole al palacio real, donde recibió varias heridas; y como se habían violado las consignas que prohibían la entrada en el jardín, se trató de evitar nuevas infracciones por medio de un decreto. Sin embargo, no llegó á expedirse, proponiéndose sólo poner un cartel con las siguientes palabras: *Se prohíbe pasar á territorio extranjero.*

Este cartel bastó para impedir al pueblo que pusiera allí los pies, aunque el rey había levantado la consigna, demostrándose así que ya no se le tenían miramientos. Habiéndose recibido una carta de Nancy, en la cual se daba cuenta de varios rasgos cívicos presenciados en dicha ciudad, la Asamblea se limitó á enviar en el acto una copia al rey.

El 30 llegaron por fin los marseleses: su número ascendía á quinientos y contábanse en sus filas los hombres más exaltados del Mediodía, así como los más turbulentos que mantenía el comercio en el puerto de Marsella. Barbaroux fué á recibirles á Charentón, y entonces se combinó un nuevo proyecto con Santerre. Bajo el pretexto de ir á recibir á los marseleses, queríase reunir al pueblo de los arrabales, dirigirse después en buen orden al Carrousel, y acampar sin tumulto hasta que la Asamblea hubiera suspendido al rey ó hubiese abdicado él espontáneamente. Este plan complacía á los filántropos del partido, que hubieran deseado terminar aquella revolución sin efusión de sangre; pero se frustró porque Santerre no pudo reunir la gente del arrabal, ni llevar consigo más que un reducido número de hombres para recibir á los marseleses. Santerre les ofreció después una comida, que se sirvió en los Campos Elíseos, precisamente en el mismo día y en el mismo momento en que los guardias nacionales del batallón de las Monjas de Santo Tomás y otros individuos, escritores ó militares, todos amigos de la corte, estaban comiendo cerca del sitio donde iba á celebrarse el banquete de los marseleses. Seguramente que esta comida no fué preparada con intención de molestar á los recién llegados, puesto que el ofrecimiento hecho á estos últimos fué imprevisto, y porque, en vez de un festín, se meditaba una insurrección. Sin embargo, era imposible que vecinos de opiniones tan opuestas terminasen pacíficamente su comida. El populacho insultó á los realistas que quisieron defenderse; los patriotas, llamados en auxilio de la multitud, acudieron á toda prisa, y al punto se empeñó la lucha. Esta no fué muy larga, pues los marseleses, cayendo sobre sus adversarios, les pusieron en fuga, matando á uno é hiriendo á varios. En un momento cundió la agitación por París: los confederados recorrían las calles y arrancaban las escarapelas de cinta, pretendiendo que debían ser de lana.

Algunos de los fugitivos llegaron ensangrentados á las Tullerías, donde fueron acogidos afectuosamente, tratándoseles con una solicitud muy natural, puesto que se

veía en ellos amigos, víctimas de su abnegación. Los guardias nacionales que estaban de servicio en palacio refirieron estos detalles, exagerándolos tal vez un poco, y esto fué motivo de nuevos trastornos, y de que aumentara el rencor contra la familia real y las damas de la corte, quienes, según se dijo, habían enjugado con sus pañuelos el sudor y la sangre de los heridos. Dudóse también que se había preparado aquel suceso, y vióse en ello motivo para lanzar una nueva acusación contra las Tullerías.

La guardia nacional de París pidió al punto el alejamiento de los marseleses; pero fué silbada por las tribunas y no se atendió su solicitud.

En medio de estas circunstancias se circuló un escrito atribuido al príncipe de Brunswick, y que se reconoció muy pronto como auténtico. Ya hemos hablado de la misión de Mallet-du-Pan: éste había dado en nombre del rey la idea y la minuta de un manifiesto, pero se desnaturalizó muy pronto aquella, publicándose ante el ejército prusiano otro manifiesto, inspirado por las pasiones de Coblenza y autorizado con el nombre de Brunswick. El documento estaba concebido en los términos siguientes:

«Habiéndome confiado SS. MM. el emperador y el rey de Prusia el mando de los ejércitos reunidos por su orden en las fronteras de Francia, he creído de mi deber participar á los habitantes de este reino los motivos que han determinado las medidas de ambos soberanos y las intenciones que les guían.

»Después de haber suprimido arbitrariamente los derechos y propiedades de los príncipes alemanes en Alsacia y Lorena, trastornaron en el interior el buen orden y el gobierno legítimo; después de haber cometido contra la sagrada persona del rey y su augusta familia atentados y violencias, que se perpetúan y reproducen diariamente, los que usurparon las riendas del gobierno han colmado al fin la medida, haciendo declarar una guerra injusta á S. M. el emperador é invadiendo sus provincias de los Países Bajos; de modo que algunas de las posesiones del imperio germánico han sufrido igual opresión, y varias de ellas no han evitado el mismo peligro sino cediendo á las imperiosas amenazas del partido dominante y de sus emisarios.

»S. M. el rey de Prusia, unido con S. M. I. por los vínculos de una estrecha alianza defensiva, y además individuo preponderante del cuerpo germánico, no ha podido, pues, dispensarse de acudir en auxilio de su aliado y de sus co-Estados, y bajo este doble carácter toma la defensa de dicho monarca y de Alemania.

»A estos grandes intereses se agrega un objeto de no menor importancia, que tienen en mucho los dos soberanos, cual es el de reprimir la anarquía en el interior de Francia, contener los ataques contra el trono y el altar, restablecer el poder legal, devolver al rey la seguridad é independencia de que se le ha privado, y ponerle en situación de ejercer la autoridad legítima que le corresponde.

»Convencidos de que la parte sensata de la nación francesa condena los excesos de una facción que la subyuga, y que la mayoría de los habitantes espera con impaciencia que llegue el auxilio para declararse abiertamente contra los odiosos proyectos de sus opresores, S. M. el emperador y S. M. el rey de Prusia les llaman

é invitan á volver de nuevo sin demora á las vías de la razón y de la justicia, del orden y de la paz. Bajo este concepto, yo el infrascrito, general en jefe de los dos ejércitos, declaro:

»1.º Que impelidas á la presente guerra por circunstancias irresistibles, las dos cortes aliadas no se proponen más objeto que la felicidad de Francia, sin pretender enriquecerse por conquistas.

»2.º Que no es su intención intervenir en el gobierno interior de Francia, sino únicamente librar de su cautiverio al rey, la reina y la familia real, proporcionando á S. M. Cristianísima la seguridad necesaria para que sin riesgo ni obstáculo pueda hacer las convocaciones que juzgue oportunas, y dedicarse á labrar la felicidad de sus súbditos, según las promesas y mientras que de él dependa.

»3.º Que los ejércitos combinados protegerán las ciudades, pueblos y caseríos, así como las personas y los bienes de todos aquellos que se sometan al rey, contribuyendo al inmediato restablecimiento del orden y de la autoridad en toda Francia.

»4.º Que los guardias nacionales quedan encargados de velar provisionalmente por la tranquilidad en las ciudades y los campos, y la seguridad de las personas y bienes de todos los franceses, hasta la llegada de las tropas de SS. MM. Imperial y Real, ó hasta que otra cosa se disponga, bajo la pena de ser personalmente responsables. Los guardias nacionales que hayan opuesto resistencia contra las tropas de las dos cortes aliadas, y que fueren cogidos con las armas en la mano, serán considerados como enemigos, castigándoseles como rebeldes á su rey y perturbadores de la tranquilidad pública.

»5.º Que los generales, oficiales, subalternos y soldados de las tropas de línea francesas quedan asimismo obligados á observar su antigua fidelidad, sometiéndose inmediatamente al rey, su legítimo soberano.

»6.º Que los representantes de los departamentos, de los distritos y de las municipalidades serán igualmente responsables con sus vidas y sus bienes de todos los delitos, incendios, asesinatos, pillajes y vías de hecho que permitan cometer, ó que no traten notoriamente de impedir en su territorio; y también quedan obligados á continuar provisionalmente en el desempeño de sus funciones hasta que S. M. Cristianísima, una vez en libertad, provea después ó se disponga entretanto otra cosa en nombre suyo.

»7.º Que los habitantes de las ciudades, pueblos y aldeas que osaren resistirse á las tropas de SS. MM. Imperial y Real, haciendo fuego contra ellas, ya en campo raso, ó bien por las ventanas, puertas y aberturas de sus casas, serán castigados en el acto según el rigor de las leyes de guerra, demoliéndose é incendiándose sus casas. Todos los habitantes de las dichas ciudades, pueblos y aldeas que por el contrario se apresuraren á someterse á su rey abriendo las puertas á las tropas de SS. MM., quedarán al punto bajo su inmediata salvaguardia; sus personas, sus bienes y efectos estarán bajo la protección de las leyes, y se proveerá á la seguridad de todos y de cada uno de ellos.

»8.º La ciudad de París y todos sus habitantes, sin distinción de ninguna especie, quedarán obligados á someterse inmediatamente al rey, á dejarle en completa libertad, y asegurarle, así como á todas las personas

reales, la inviolabilidad y el respeto, que por el derecho natural y de gentes deben guardar los súbditos á sus soberanos. SS. MM. Imperial y Real harán personalmente responsables con su vida de todos los acontecimientos, juzgándolos militarmente y sin apelación, á todos los individuos de la Asamblea Nacional, del departamento, del distrito, de la municipalidad y de la guardia nacional de París, á los jueces de paz, y á cuantos haya lugar. SS. MM. declaran además, bajo su fe y palabra de emperador y rey, que si se invade ó asalta el palacio de las Tullerías, que si se comete la menor violencia ó se infiere el menor ultraje á SS. MM. el rey, la reina y la familia real, y si no se provee inmediatamente á su seguridad, su libertad y conservación, tomarán ejemplar venganza, para siempre memorable, condenando á la ciudad de París á una ejecución militar y un completo exterminio, y á los revoltosos, culpables de atentados, á los suplicios que merecieren. SS. MM. Imperial y Real prometen por el contrario á los habitantes de la ciudad de París valerse de sus buenos oficios cerca de S. M. Cristianísima para obtener el perdón de sus faltas y extravíos, y adoptar las medidas más enérgicas para asegurar sus personas y sus bienes, si obedecen pronto y exactamente á la disposición antedicha.

»Por último, no pudiendo SS. MM. reconocer en Francia otras leyes sino aquellas que emanan del rey en el goce de una libertad perfecta, protestan de antemano contra la autenticidad de todas las declaraciones que pudieran hacerse en nombre de S. M. Cristianísima, mientras que su sagrada persona, la de la reina y las de toda la familia del príncipe no se hallen en seguridad, á cuyo efecto SS. MM. Imperial y Real invitan y piden á S. M. Cristianísima designe la ciudad de su reino más próxima á las fronteras y que juzgue más conveniente para retirarse á ella con la reina y su familia bajo la protección de una buena y segura escolta que se le enviará al efecto, á fin de que S. M. Cristianísima pueda convocar con toda seguridad á los ministros y consejeros que tenga á bien designar, y á todas las demás personas que juzgue conveniente para proveer al restablecimiento del orden y organizar la administración de su reino.

»Declaro, por último, y me obligo en mi propio nombre y en mi susodicha calidad á que las tropas confiadas á mi mando se atengan en todas partes á una severa y exacta disciplina, prometiendo además tratar con dulzura y moderación á los súbditos bien intencionados que se muestren sumisos y pacíficos, sin emplear la fuerza sino contra aquellos que se hagan culpables por su resistencia ó mala voluntad.

»Por todas estas razones requiero y exhorto á los habitantes del reino, de la manera más enérgica y terminante, á que no se opongan á la marcha de las operaciones de las tropas de mi mando, dejándolas por el contrario paso franco, y prestándoles con buena voluntad el socorro y auxilio que pudieran exigir las circunstancias.

»Dado en el cuartel general de Coblenza el 25 de julio de 1792.

»Firmado, CARLOS GUILLERMO FERNANDO,
duque de Brunswick-Luneburgo.»

TOMO V

Lo que pareció más admirable en aquella declaración fué que estando fechada en Coblenza el 25, circulase ya por París el día 28 y estuviese impresa en todos los periódicos realistas. El efecto que produjo fué extraordinario, como el que producen pasiones sobre pasiones. En todas partes se resolvió hacer frente á un enemigo que usaba de tan despótico lenguaje y de amenazas tan terribles; y en la situación en que los ánimos se hallaban, era muy natural que se imputase esta nueva falta al rey y á la corte. Apresuróse Luis XVI á desaprobar el manifiesto por medio de un mensaje, y á la verdad que podía hacerlo con la mayor sinceridad, porque este documento era enteramente distinto del modelo que había remitido; por lo cual podía comprender hasta qué punto se traspasarían los límites fijados por su voluntad si llegaba á vencer su partido alguna vez. Ni su desaprobación ni las expresiones con que la manifiesto bastaron para tranquilizar á la Asamblea. Al hablar de aquel pueblo, cuya felicidad le había sido siempre tan cara, añadía: «¡Cuántos males podrían remediarse con el más leve indicio de su arrepentimiento!»

Estas palabras conmovedoras no excitaron ya el entusiasmo que tenían el privilegio de producir otras veces; no se vió en ellas más que un lenguaje pérfido, y muchos diputados pidieron que se imprimieran para hacer pública, según decían, la contradicción que se observaba entre las frases y la conducta del rey.

Desde aquel momento no cesó de acrecentarse la agitación y de agravarse las circunstancias. A poco se supo que el departamento de las Bocas del Ródano había expedido un decreto para retener las contribuciones y pagar á las tropas enviadas contra los saboyanos, censurándose además en él la insuficiencia de las medidas adoptadas por la Asamblea. Este era un acto debido á las inspiraciones de Barbaroux, y aunque no podía impedirse ya la ejecución, la Asamblea anuló el acuerdo. Al mismo tiempo circuló el rumor de que los sardos avanzaban en número de cincuenta mil, y fué preciso que el ministro de Estado se presentase en persona á la Asamblea para asegurar que el cuerpo á que se aludía constaba de once á doce mil hombres. A esta noticia siguió otra: pretendióse que los pocos confederados que se hallaban actualmente en Soissons habían sido envenenados, mezclando vidrio en su pan, y hasta se aseguraba que se contaban ya ciento sesenta muertos y ochocientos enfermos. Tomáronse informes y se supo que las harinas se hallaban en una iglesia donde había unos cuantos vidrios rotos; que algunos pedazos aparecieron en el pan, pero que no resultó ningún muerto ni enfermo.

El 25 de julio se había expedido un decreto por el cual se declaraban en sesión permanente todas las secciones de París, las cuales encargaron á Petión, después de reunirse, que propusiera en su nombre la destitución de Luis XVI. El 3 de agosto, el corregidor de París, enardecido con su cargo, se presentó en la Asamblea para hacer una petición en nombre de las cuarenta y ocho secciones de París. Expuso la conducta de Luis XVI desde el principio de la revolución; trazó con el lenguaje de la época los beneficios que debía el rey á la nación y la ingratitude del monarca; representó los peligros de que todos se creían amenazados, la llegada del extranjero, la nulidad de los medios defensivos, la rebe-

lión de un general contra la Asamblea, la oposición de una multitud de directorios de departamento y las terribles aunque absurdas amenazas, dirigidas en nombre de Brunswick; en vista de todo esto, concluyó pidiendo la destitución del rey é invitando á la Asamblea á que pusiese tan importante cuestión al orden del día.

Esta grave proposición, que no habían presentado aún más que los clubs, los confederados y los ayuntamientos, adquiría otro carácter al ser presentada en nombre de París por su corregidor. Fué acogida más bien con asombro que con aprobación en la sesión de la mañana; pero llegada la tarde, abrióse el debate, y una parte de la Asamblea dió libre curso á su ardimiento. Los unos querían que se discutiese el punto acto continuo, y los otros que se aplazara; y al fin se suspendió el debate hasta el jueves 9 de agosto, recibiendo entretanto exposiciones que expresaban con más energía aún que la del corregidor el mismo deseo é iguales sentimientos.

La sección de Mauconseil, más atrevida que las restantes, no se limitó á pedir la destitución, sino que la pronunció en uso de su autoridad. Manifestó que no conocía ya á Luis XVI por rey de los franceses, y que iría muy pronto á preguntar al Cuerpo Legislativo si trataba por fin de salvar la Francia; invitó además á todas las secciones del imperio (al que no quería llamar ya reino) á seguir su ejemplo.

Como hemos visto, la Asamblea no seguía la corriente revolucionaria con tanta rapidez como las autoridades inferiores, porque, encargada de velar por las leyes, era obligación suya respetarlas más; así es que muy á menudo se adelantaban á ella las corporaciones populares, viendo que se le escapaba el poder de sus manos. Anuló, pues, el acuerdo de la sección de Mauconseil; pero Vergniaud y Cambón censuraron con las más severas frases este acto, calificándole de usurpación de la soberanía del pueblo. Parecía, no obstante, que en el acta se condenaba menos la violación de los principios que la precipitación de los peticionarios, y sobre todo la inconveniencia de su lenguaje con la Asamblea Nacional.

Acercábase el término de todas las incertidumbres; aquel mismo día se reunían á la vez los confederados en la junta revolucionaria, y en palacio los amigos del rey que preparaban su fuga. El comité aplazó la insurrección hasta el día en que se discutiera la destitución, es decir, desde la tarde del 9 á la mañana del 10. Los amigos del rey, por su parte, deliberaban sobre su fuga en el jardín de Mr. de Montmorin. MM. de Liancourt y Lafayette renovaban sus ofertas, y todo estaba preparado para la marcha, pero hacía falta dinero; Bertrand de Molleville había gastado inútilmente los fondos de la lista civil para pagar á los clubs realistas, á los oradores de las tribunas y de los grupos, falsos agentes que no convenían á nadie y guardaban para sí el dinero de la corte. Suplióse á esta falta de metálico merced á los préstamos que hicieron al monarca súbditos generosos. Mr. de Liancourt dió todo el oro que pudo obtener, y otras personas entregaron el que poseían, preparándose varios amigos á seguir el coche que transportara á la familia real y á morir á su lado si era preciso. Estando ya todo dispuesto, los consejeros reunidos en casa de Montmorin acordaron la marcha

después de una sesión que duró toda una noche. El rey, que los vió inmediatamente después, dió su consentimiento para lo que hubiesen determinado, y encargó que se entendieran con MM. de Montciel y de Sante Croix. Cualesquiera que fuesen las opiniones de los hombres que se habían reunido para acometer aquella empresa, era una gran satisfacción para ellos creer por un instante en la próxima libertad del monarca.

Pero al día siguiente todo había cambiado, pues el rey manifestó que ya no marcharía, porque deseaba evitar el principio de la guerra civil. Todos aquellos que, con diversos sentimientos, se interesaban igualmente por él, quedaron consternados al saber esta nueva determinación, habiendo comprendido luego que el motivo no era el que alegaba el príncipe. El verdadero era, en primer lugar, la llegada de Brunswick, que se anunciaba como muy próxima; en segundo, el aplazamiento de la insurrección, y sobre todo, el haberse negado la reina á confiarse á los constitucionales. Manifestó enérgicamente su repugnancia, diciendo que valía más pelear que ponerse en manos de gentes que les habían hecho tanto mal (1).

Todos los esfuerzos de los constitucionales y los peligros á que acababan de exponerse fueron, pues, inútiles. Lafayette se había comprometido gravemente: sabía que indujo á Lúckner á marchar en caso necesario sobre la capital, pues llamado este jefe por la Asamblea, lo confesó todo al comité extraordinario de los doce. El anciano Lúckner era de carácter débil y voluble; cuando pasaba de las manos de un partido á las de otro, dejábase arrancar la confesión de todo cuanto había oído ó dicho la víspera, excusábase después de haber declarado diciendo que no sabía la lengua francesa, lloraba y se quejaba de verse rodeado de facciosos. Guadet tuvo la habilidad de hacerle confesar las proposiciones de Lafayette, y Bureaux de Puzy, acusado de haber sido el mediador, tuvo que comparecer en la barra. Era uno de los amigos y oficiales de Lafayette, y lo negó todo con tal aplomo y seguridad, que hizo creer que no le eran conocidas las negociaciones de su jefe. Con este motivo se aplazó de nuevo la cuestión de si se formaría causa al general.

Acercábase el día fijado para el debate sobre la destitución; el plan de la insurrección se había acordado ya y era conocido. Al abandonar los marseleses su cuartel, muy lejano, habíanse trasladado á la sección de los franciscanos, donde estaba el club del mismo nombre, y de este modo se hallaban en el centro de París, muy cerca del lugar de la acción. Dos oficiales del Ayuntamiento habían tenido suficiente osadía para distribuir cartuchos á los conjurados, y todo estaba dispuesto para el 10.

El 8 se deliberó sobre la suerte de Lafayette, declarando una gran mayoría que no había lugar á la acusación. Irritados algunos diputados al oír esto, pidieron la votación nominal, y hecha esta segunda prueba, resultó que cuatrocientos cuarenta y seis representantes habían tenido el valor de pronunciarse en favor del general contra doscientos veinticuatro. Amotinado el pueblo al recibir esta noticia, reúnese á la puerta de la sala,

(1) Véanse las Memorias de Mme. Campán, tomo II, página 222.

insulta á los diputados que salen, y maltrata en particular á los que eran conocidos por pertenecer á la derecha de la Asamblea, tales como Vaublanc, Girardin, Dumás, etc. En todas partes se indignan contra la representación nacional, y repítese en alta voz que no hay salvación posible con una Asamblea que acababa de absolver *al traidor Lafayette*.

Al día siguiente, 9 de agosto, reinaba extraordinaria agitación entre los diputados. Aquellos á quienes se había insultado la víspera, se quejaban personalmente, ó por medio de cartas. Al darse cuenta de que Mr. Beucarrón iba á ser ahorcado, se oyen bestiales carcajadas en las tribunas, y cuando se añade que á Mr. de Girardin le han herido, aquellos mismos que lo sabían mejor preguntan irónicamente dónde y cómo. «¡Vaya!, contesta noblemente Mr. de Girardin, ¿no se sabe por ventura que los cobardes hieren siempre por la espalda?» Por fin reclama un diputado que se pase al orden del día; pero la Asamblea decide que se presente en la barra Roederer, procurador síndico de la municipalidad, para encargarse de garantizar bajo su responsabilidad personal la seguridad é inviolabilidad de los individuos de la Asamblea.

Propónese también interpelar al corregidor de París, obligándole á declarar terminantemente si asegura la tranquilidad pública. Guadet replica á esta proposición con otra por la que pide se interpele también al rey, obligándole á su vez á declarar terminantemente si responde ó no de la seguridad é inviolabilidad del territorio.

Sin embargo, en medio de estas proposiciones contrarias, fácil era reconocer que la Asamblea temía el momento decisivo, y que los mismos girondinos habrían preferido obtener la destitución por medio de un debate, antes que apelar á una lucha dudosa y mortífera. En esto llega Roederer, y anuncia que una sección ha resuelto tocar á rebato y marchar contra la Asamblea y las Tullerías si no se pronuncia la destitución. Un momento después se presenta el corregidor y, sin explicarse terminantemente, confiesa que hay proyectos temibles; enumera las precauciones que se han tomado para impedir los movimientos amenazadores, y promete concertarse con el departamento á fin de adoptar sus medidas si le parecen más convenientes que las de la municipalidad.

Petión, así como todos sus amigos girondinos, prefería la destitución pronunciada por la Asamblea á un ataque dudoso contra palacio, y como la mayoría para obtenerla estaba casi asegurada, hubiera querido contener los proyectos del comité revolucionario. Presentóse, pues, al de vigilancia de los jacobinos, é invitó á Chabot á suspender el movimiento revolucionario, diciéndole que los girondinos habían resuelto la destitución y convocar inmediatamente una convención nacional; que estaban seguros de la mayoría, y que no era necesario exponerse á un ataque cuyo resultado sería dudoso. Chabot repuso que no se podía esperar nada de una Asamblea que había absuelto al *bribón Lafayette*; que el corregidor mismo se dejaba engañar por sus amigos; que el pueblo había resuelto por último salvarse á sí propio, y que aquella misma tarde se tocaría á rebato en los arrabales.

—«Siempre tendréis mala cabeza», replicó Petión.

¡Desgraciados de vosotros si os insurreccionáis! Conozco vuestra influencia, pero también tengo la mía, y la emplearé contra vosotros.—Seréis arrestado, contestó Chabot, y se os impedirá obrar.»

Los ánimos estaban, en efecto, demasiado excitados para que pudieran comprenderse los temores de Petión y tuviera efecto su influencia. Reinaba en París una agitación general; el tambor tocaba llamada en todos los barrios; formábanse los batallones de la guardia nacional y se dirigían á sus puestos con muy diversas intenciones; agolpábanse en las secciones los más ardientes ciudadanos, y acababa de formarse en tres puntos el comité revolucionario. Fournier y algunos otros estaban en el arrabal de San Marcelo; Santerre y Wéstermann ocupaban el de San Antonio; Dantón, Camilo Desmoulins y Carra se habían quedado en los franciscanos con el batallón de Marsella. Barbaroux, después de situar destacamentos cerca de la Asamblea y del palacio, preparó correos que debían estar dispuestos á tomar el camino del Mediodía; además se proveyó de una dosis de veneno, pues el éxito le parecía muy dudoso, y fué á esperar en los franciscanos el resultado de la insurrección. Ignorábase dónde estaba Robespierre; Dantón ocultó á Marat en una cueva, y después tomó posesión de la tribuna de los franciscanos. Todos vacilaban, como en la víspera de un gran acontecimiento; pero Dantón, proporcionando su audacia á la gravedad del caso, hacía resonar su voz robusta, enumerando lo que él llamaba crímenes de la corte; recordaba el odio de ésta á la Constitución, sus palabras engañosas, sus hipócritas promesas, siempre desmentidas por su conducta, y en fin, sus evidentes maquinaciones para atraer al extranjero. «El pueblo, decía, no puede recurrir sino á sí mismo, pues la Constitución es insuficiente, y la Asamblea ha absuelto á Lafayette; no podéis, pues, contar más que con vosotros para salvarlos. Daos prisa, porque esta misma noche los satélites ocultos en el palacio deben hacer una salida contra el pueblo y aniquilarle antes de salir de París en dirección á Coblenza. Salvaos, pues; ¡á las armas, á las armas!»

En aquel momento resuena una detonación en el patio del Comercio; generalízase muy pronto el grito *¡á las armas!*, y queda proclamada la insurrección. Eran entonces las once y media: los marseleses se forman á la puerta de los franciscanos, apoderándose de los cañones, y agrégase á ellos una numerosa multitud. Camilo Desmoulins y otros se precipitan para ir á mandar que se toque á rebato, pero ven que en las demás secciones no hay el mismo ardimiento; esfuerzarse, no obstante, en reanimar su celo, y consiguiendo reunirlos poco después, nombran comisionados que deben ir al Ayuntamiento para reemplazar á la antigua municipalidad, posesionándose de todos los poderes. Después se corre á los campanarios, penétrase en ellos á viva fuerza, y muy pronto se oye el lúgubre tañido, que resonando tristemente en toda la capital, propágase de calle en calle y de casa en casa; llama á los diputados, á los magistrados y á los ciudadanos que deben ocupar sus puestos, y llegando por fin al palacio anuncia á sus habitantes que se aproxima la noche fatal, noche terrible, noche de agitación y de sangre, la última que debía pasar el monarca en el palacio de sus padres!

Varios emisarios de la corte acababan de llegar con